

PROSPETTIVA. DI GALIATA. VED.

LA PUERTA DE

Viaje al Estambul

En el siglo XVIII, los artistas, diplomáticos y viajeros que llegaban

EL CUERNO DE ORO

Con este nombre se conocía el estrecho estuario que separaba la Estambul europea en dos mitades. En este grabado del siglo XVIII se observa una vista del barrio de Gálata, con la torre del mismo nombre, desde la orilla opuesta, donde se encontraba el palacio real.

VEDUTA DA COSTANTINOPOLI

ORIENTE

otomano

ROSA MARIA DELLI QUADRI UNIVERSIDAD DE NÁPOLES

a la capital turca descubrían un mundo exótico sin parangón con Europa



BPK / SCALA, FIRENZE



EL ESTAMBUL DEL SIGLO XVIII

En este mapa de 1730 se representa la parte europea de Estambul. El profundo estuario del Cuerno de Oro deja a su derecha los barrios de Gálata y Pera, donde tradicionalmente se habían asentado los europeos.

Una travesía de cuento de hadas en una goleta, un espléndido golfo siempre cubierto de velas, rodeado por el anfiteatro y por los minaretes que le hacían de corona, las impresionantes murallas del Serrallo, la inmensidad de los cementerios, los millares de tumbas que circundaban la ciudad y que hacían «de marco al magnífico cuadro recién trazado». Éstas eran las impresiones, en 1784, del conde ruso Jan Potocki mientras observaba Estambul desde el barco que lo llevaba a la ciudad. Luego, ya en el puerto, el espectáculo resultaba indescriptible: los relatos de todos los que habían viajado allí nunca superarían a la realidad. El conde planeó una estancia de

un mes para disfrutar de la capital del Imperio otomano, y pasó allí días enteros recorriendo sus calles, perdiéndose en sus barrios y contemplando una ciudad de la que resultaba imposible hacerse una idea exacta.

Una ciudad fascinante

La Estambul del siglo XVIII era un lugar ideal para que los aristócratas europeos descansaran, estudiaran e hicieran carrera diplomática o comercial. A pesar de los terremotos, los incendios, el deterioro y la suciedad descritos por muchos viajeros, su atractivo se mantenía intacto e indeleble. Incluso antes de entrar en la urbe, lo que resultaba más fascinante para quienes llegaban por mar era



CRONOLOGÍA

SIGLO DE CAMBIOS

TUGRA, O FIRMA DEL SULTÁN, EN UNA MONEDA DE ORO OTOMANA. 1757. ALBUM

1718

Comienza en el Imperio otomano el conocido como período Tulip, llamado así por el gusto de las élites hacia esta flor: el tulipán.

1729

El geógrafo, astrónomo y filósofo Ibahim Muteferrika funda la primera imprenta turca. Usa tipos móviles en caligrafía árabe.



EL PALACIO DE TOPKAPI

Asomado al Bósforo, era la sede del poder del sultán y su residencia desde 1459. En la imagen, el harén del palacio, lugar donde vivían las esposas y concubinas del sultán y al que sólo él tenía acceso.

1730

Acaba el floreciente período Tulip. El sultán Ahmed III es destronado por los jenízaros tras sufrir varias derrotas militares.

1739

Firma del tratado de Belgrado entre el Imperio otomano y los Habsburgo. Se fija la frontera entre los ríos Sava y Danubio.

1774

Tras perder en la guerra ruso-turca, los otomanos ceden la región de Yedisán, lo que permite a Rusia acceder al mar Negro.

1795

Se publica el primer periódico del Imperio otomano, redactado en francés: el *Bulletin de Nouvelles*.

ALAMY/ACI



PASIÓN POR LOS TULIPANES

El tulipán era la flor preferida en el Imperio otomano. Adornaba todos los jardines y era un motivo decorativo preferente en los famosos azulejos de Iznik, como el de la imagen. Siglo XVIII. Museo del Louvre.

R. CHIPAULT / RMN-GRAND PALAIS

el trayecto por el estrecho de los Dardanelos, desde el momento en que se dejaba atrás el Egeo hasta llegar a la ciudad, a orillas del mar de Mármara. Éste fue el caso del aventurero veneciano Giacomo Casanova, que recorrió los Dardanelos a bordo de un barco turco en julio de 1745 para contemplar, «a una legua de distancia», «una vista impresionante» y «un espectáculo tan bello» que ningún otro lugar del mundo podía ofrecer nada igual.

Años más tarde, el 19 de octubre de 1788, el abad italiano Giambattista Casti llegó a Estambul acompañado por el nuevo embajador veneciano Niccolò Foscarini. Tras dos días de navegación a vela por los Dardanelos, apareció mágicamente la parte meridional de la ciudad, que a la derecha, en el lado europeo, se extendía desde la fortaleza de las Siete Torres hasta la punta del Serrallo —como conocían los europeos el palacio real de Topkapı—, y se desplegaba a la izquierda por lo que había sido el antiguo burgo de Üsküdar. El inmenso horizonte, que se descubría poco a poco ante la atónita mirada de los extranjeros, y que deslumbraba incluso a los espíritus más apáticos, era ocupado por aquella inmensa metrópoli con la forma de un vasto anfiteatro, casi imposible de contemplar en su conjunto. Como escribió un viajero: «Un puerto más bello, más cómodo, más seguro y un espectáculo así podrían buscarse en vano por todo el universo».

Impresiones de Estambul

El panorama de la ciudad también hechizó al dibujante francés Antoine-Laurent Castellan, que en 1797 llegó a Estambul acompañando a un ingeniero militar y se alojó varios meses en el barrio de Pera. Desde el muelle de San Esteban, a medianoche, entre luces que incendiaban la atmósfera y resplandores intensos, pudo disfrutar de la iluminación de las orillas de Europa y de Asia, que permitía distinguir los

altos minaretes de las mezquitas imperiales, «mientras la superficie del mar parecía incendiarse y las numerosas goletas, que recorrían el puerto y el canal en todas las direcciones, parecían navegar por un mar de fuego». Con estas sensaciones y llenos de expectativas entraban los viajeros en Estambul, la ciudad de los sultanes y el corazón del Imperio otomano.

A inicios del siglo XVIII, Estambul contaba con unos 800.000 habitantes entre turcos, armenios, griegos y judíos; muchos viajeros

La mayoría de europeos de Estambul eran comerciantes y embajadores

ADORNOS DE TURBANTE CON RUBÍES Y ESMERALDAS ENGARZADAS. MUSEO DE TOPKAPI, ESTAMBUL. D. ORTI / AURIMAGES



RECIBIDO POR EL VISIR

En el siglo XVIII no era fácil conseguir una audiencia con el sultán. Normalmente era el gran visir quien cumplimentaba a los visitantes ilustres, como el conde de Saint-Priest, que es recibido por el gran visir Aïmail Carac en esta pintura de Francesco Casanova. 1779. Versalles.

ERICH LESING / ALBUM





europeos que llegaban y se establecían en ella eran comerciantes y embajadores. Pero no era el mejor lugar para vivir, tanto por cuestiones de higiene y seguridad como por los peligros que siempre acechaban. No es casualidad que un dicho afirmara: «En Pera hay tres males: peste, fuego, dragomanes». Junto a las epidemias y los incendios —como el que en 1731 asoló tres cuartos de Gálata, al que siguió cuatro años después un terremoto—, los europeos, que solían vivir en los dos barrios citados, debían guardarse de las malas artes de los dragomanes o intérpretes, famosos por su tendencia a dejarse sobornar.

Pese a ello, la inglesa lady Mary Wortley Montagu consideraba que el puerto, la ciudad, el Serrallo y las colinas lejanas de Asia

AUDIENCIAS SIN MOVERSE DE LA SILLA

EN 1838, EL TEÓLOGO INGLÉS Richard Pococke describió el Diván como «la ceremonia de audiencia del gran visir, celebrada ante un público en el que también estaba presente el embajador, así como el sultán, escondido detrás de una ventana sobre la silla del visir». Este último celebraba los divanes normales, es decir, los tribunales de justicia, cuatro veces a la semana en el Serrallo, mientras que los otros días de la semana lo hacía en su propia residencia. Al término de las actividades, que consistían sobre todo en la lectura de peticiones de gente pobre en presencia del gran visir, «los taburetes se situaban frente a él y alrededor de las siete de la tarde se servía en ellos la cena, en pequeños platos colocados en otros platos más grandes, de manera que no tuvieran que moverse del lugar en el que se dirigían los asuntos públicos».



MEZQUITA NURUOSMANIYE

Esta espectacular mezquita, considerada la obra maestra del barroco otomano, fue encargada por el sultán Mahmut I en 1748 e inaugurada por Osmán III en 1745. El interior destaca por su profusa iluminación, que hace honor a su nombre, ya que Nuruosmaniye significa «la luz de Osmán».

MARTIN SIEPMANN / ALAMY / ACI



La corte vista por Vanmour

EL PINTOR FLAMENCO-FRANCÉS Jean-Baptiste Vanmour fue invitado a visitar Estambul en 1699 por el marqués Charles de Ferriol, que acababa de ser nombrado embajador de Francia en la corte de los sultanes. El embajador hizo al artista un ambicioso encargo: cien retratos de personajes de la ciudad. En 1714-1715, cuando De Ferriol regresó a Francia, publicó un libro con las cien estampas titulado *Recueil de cent estampes representant les diverses nations du Levant*, que tuvo un gran éxito. Vanmour siguió viviendo y trabajando en Estambul para diversos patrones, retratando la ciudad y la corte de Ahmed III. De hecho, se especializó en escenas en las que recreaba las audiencias del sultán. El 10 de octubre de 1724, el embajador holandés Cornelis Calkoen pidió a Vanmour que pintase su audiencia con Ahmed III y se permitió al pintor entrar en palacio durante la ceremonia. Calkoen encargaría a Vanmour numerosos cuadros durante su estancia, obras que se llevó a Holanda a su vuelta. En la actualidad, la mayoría de esas obras forman parte de los fondos del Rijksmuseum de Ámsterdam.

LA PARTIDA DE CAZA DEL SULTÁN AHMED III. COLECCIÓN PRIVADA. LAS DOS PINTURAS DE ESTA PÁGINA SON OBRA DE JEAN-BAPTISTE VANMOUR.



ARRIBA: AKG / ALBUM. ABAJO: BRIDGEMAN / ACI



UNA DAMA DE LA CORTE QUE ACABA DE DAR A LUZ RECIBE VISITAS EN EL HARÉN. RIJCKSMUSEUM, AMSTERDAM.





CONDECORACIÓN DE DIAMANTES

La riqueza y el poder de los sultanes otomanos se hacía patente con joyas como el *chelengk*, una insignia militar de diamantes. Ésta es una réplica de la que el sultán Selim III entregó al almirante ruso Ushakov. Museo Naval, San Petersburgo.

FINE ART / ALBUM

que contemplaba en 1716 desde las ventanas de su residencia en Pera (sede de las embajadas extranjeras) eran «el paisaje más bello del mundo». En el mes de mayo el clima era increíblemente delicioso para ella, que

acompañaba a su marido, el diplomático lord Edward Montagu, y no había nada más cautivador que el canal del Bósforo, a lo largo del cual se habían construido, en las dos orillas, cientos de magníficos palacios, desde los que se podían admirar las vistas más hermosas de Europa y de Asia.

Palacios y chabolas

Como esposa privilegiada de un embajador, lady Montagu pudo visitar y describir muchos lugares, como las estancias de invierno del harén, en el Serrallo. El lugar «inviolable», reservado a las mujeres, estaba «revestido de madera con incrustaciones de nácar, marfil y madera de olivo; las paredes de las habitaciones de verano tenían incrustaciones de porcelana japonesa; los techos dorados y los suelos estaban cubiertos con magníficas alfombras persas».

Asimismo, lady Montagu quedó fascinada por algunos aspectos de la ley turca, que consideró superior a la inglesa.

Los turcos no le parecían groseros, como a los demás europeos, sino que los consideraba capaces «de una magnificencia distinta y mejor» que la suya. Tenían «el concepto correcto de la vida, y se dedicaban a escuchar música, a pasear por los jardines, a beber vino y a consumir manjares delicados», mientras que los europeos se centraban «en atormentarse la mente con proyectos políticos



ANNA SERRANO / FOTOTECA 9X12

o en estudiar ciencias inalcanzables». Según ella, los turcos se tomaban las cosas con filosofía, como los dueños de las quinientas casas arrasadas por un incendio a los que, imperturbables, vio recoger sus bienes, mientras veían esfumarse sus propiedades.

En Estambul no faltaban los contrastes, como evidenció el embajador francés Choiseul-Gouffier en 1784 al escribir sobre «palacios de una elegancia admirable, fuentes encantadoras, calles mugrientas y estrechas, horribles

Como esposa de un embajador, lady Montagu pudo visitar el lugar más secreto del Serrallo: el harén

LADY MARY MONTAGU VISITA A LA SULTANA HAFITEN. GRABADO POR JOHN HALL. V&A MUSEUM / PHOTOAISA





LA ENTRADA AL SERRALLO

En la gran plaza que se abre ante la puerta de entrada al palacio real y frente a la iglesia de Santa Sofía, el sultán Ahmed III hizo levantar, en 1728, una fuente de estilo rococó considerada la más bella de Estambul.

chabolas y árboles espléndidos». Choiseul visitó el Gran Bazar, las mezquitas más célebres y los monumentos más misteriosos, perseguido siempre por los perros, mientras la gente a su alrededor «bailaba y moría». Las personas, los usos y las costumbres ofrecían a sus ojos «el espectáculo más variado y pintoresco» y cada noche, en la residencia de la embajada, se sumía en la frivolidad de conciertos y recepciones.

Para Giambattista Casti, Estambul no era lo que parecía desde el mar. Las calles eran estrechas, «muy mal pavimentadas, desiguales, incómodas, sucias y, a menudo, escarpadas»; las casas de madera no tenían simetría ni gusto; el edificio más bello y respetable era Santa Sofía, convertido en mezquita tras la conquista

UNA VISITA A LA SULTANA «HAFITEN»

EN 1718, LADY MONTAGU visitó a la viuda del sultán Mustafá II, Afife Kadin (o Hafiten, como la llamó la dama británica), y quedó fascinada. Tras la muerte de su esposo había tenido que abandonar el Serrallo, a su pesar, para casarse de nuevo. Tenía 36 años, «no había ningún eunuco negro que la protegiera y mostraba los vestigios de un rostro hermoso, más marcado por el dolor que por el tiempo». Su riquísimo vestido, llamado *dualma*, era de tela púrpura y largo hasta los pies, con grandes perlas y diamantes como botones. Llevaba tres collares de perlas y esmeraldas, tan largos que le llegaban a las rodillas; sus pendientes eran dos diamantes grandes como avellanas; en el pelo llevaba broches de piedras preciosas, y en los dedos, cinco anillos. Según lady Montagu, «ninguna reina europea podría poseer jamás ni la mitad de aquellas joyas».



El embajador francés y su esposa

EN 1766, EL CONDE DE VERGENNES, embajador francés en Estambul, se hizo retratar por un pintor también francés, Antoine de Favray, que había llegado cuatro años antes a la corte otomana y que también realizaría un retrato de la esposa del diplomático. Ambos posan vestidos a la turca y sentados sobre almohadones, a la moda otomana. El embajador, vestido con un rico brocado amarillo salpicado de ramos bordados y cubierto de un caftán rojo forrado y bordado de armiño, porta diversos elementos genuinamente otomanos: un *tesbih* o rosario en la mano izquierda, un *chibouk* o pipa en la derecha y un puñal en la cintura con un mango incrustado de piedras preciosas, además de un alto turbante rojo con un ligero velo blanco en torno. Madame Vergennes lleva un «vestido oriental», con un caftán escotado y muy ajustado, y luce sus más bellas joyas. Ambos cuadros están hoy expuestos en el Museo de Pera, en Estambul.

FOTOS: ARCHIVES CHARMET / BRIDGEMAN / ACI





EL SULTÁN SELIM III

Este sultán pretendió introducir en la corte otomana costumbres europeas, pero fue destronado por su sobrino, Mustafá IV, que lo encerró y lo hizo estrangular un año después. Retrato de Selim por Konstantin Kapidagli. Museo de Topkapi, Estambul.

BRIDGEMAN / ACI

otomana. En su opinión, los turcos descuidaban «los estudios, la industria, la agricultura, el comercio y el resto de ocupaciones útiles. Dejan que todo se desmorone sin ningún tipo de remordimiento». Para el teólogo inglés Richard Pococke, la población era ignorante y silenciosa, y no le gustaban los oradores públicos, por lo que el gobierno había prohibido las asambleas

en los cafés. Con todo, en la ciudad había varias imprentas, como una creada en 1726, que produjo el primer libro en lengua turca, y las dos armenias, señaladas por Pococke en su crónica de viaje en 1738. Para el embajador Choiseul-Gouffier, Estambul era «el gran mercado de Oriente», como Tiro o Bagdad.

En casa del sultán: el Serrallo

Si Estambul era el núcleo organizativo del Imperio, el Serrallo, el palacio del sultán, era el centro administrativo del soberano supremo que promulgaba las leyes y dirigía el ejército. Tras él, el hombre más poderoso era el gran visir, «principal canal de comunicación entre el mundo cerrado del Serrallo y el exterior», como lo definió Samuel Medley en 1730.

Pocas personas eran bienvenidas al Serrallo. Algunos embajadores llegaron a ser maltratados, amenazados y encarcelados. Así, el 5 de enero de 1700, el embajador francés Charles de Ferriol se presentó ciñendo su espada y se negó a entregarla bajo ningún concepto. El dragomán le explicó que nadie, ni siquiera el gran visir, podía comparecer armado ante el sultán, pero cuando intentaron desarmarlo por la fuerza, reaccionó dando puñetazos y gritos, algo inadmisibles en los recintos sagrados del palacio. Al final, el jefe de los eunucos blancos, el supremo maestro de ceremonias de la corte, le ordenó que se quitara el caftán o túnica de seda que había tenido que ponerse y que se marchara. Y eso hizo.

Más afortunado, en cambio, fue el encuentro del embajador inglés lord Kinnoull con el sultán Mahmud I, el 9 de junio de 1734, el día de pago de los 4.000 jenizaros, el cuerpo de infantería del Imperio. Tras el diván o audiencia con el visir y una breve cena con muchos platos y regalos para el diplomático, éste se puso el caftán y fue introducido en la sala de audiencias del sultán, seguido por el dragomán, su secretario y seis personas más. Mahmud, «de tez oscura, estatura media y constitución fuerte», estaba sentado «en los escalones de una especie de trono, con un baldaquín en la parte superior, a cuyos pies se encontraban cinco princesas. El gran visir estaba sentado frente a él y algo más lejos, otros cinco visires del Diván», el consejo imperial. Kinnoull hizo su discurso y «entregó la carta del soberano inglés al primer visir, que se encontraba a su lado, que la pasó a otro, el cual a su vez la dejó sobre el escritorio situado al lado del gran señor». El dragomán tradujo el discurso al turco y después el embajador deshizo el camino, atravesando la sala del Diván y pasando por delante de los jenizaros, los 50 caballos de Mahmud y todos los ministros de la Puerta, a los que saludó antes de salir. El sultán no dijo ni una palabra y no respondió al discurso, dejando que lo hiciera el gran visir.

A finales del siglo XVIII, una administración pública ineficaz y corrupta, un ejército indisciplinado y el cuerpo cada vez más turbulento de los jenizaros acabarían provocando una crisis política que se manifestó en toda su plenitud durante el reinado del ilustrado Selim III (1789-1808), el cual, aun siendo consciente de la estrecha relación entre las reformas pendientes y una «europeización» cada vez más necesaria, no logró sanear un imperio destinado a convertirse en el «gran enfermo de Europa». ■

Para saber más

ENSAYO

El Estambul de los sultanes

Charles Fitzroy. Akal, Madrid, 2014.

En el serrallo: La vida privada de los sultanes en Estambul

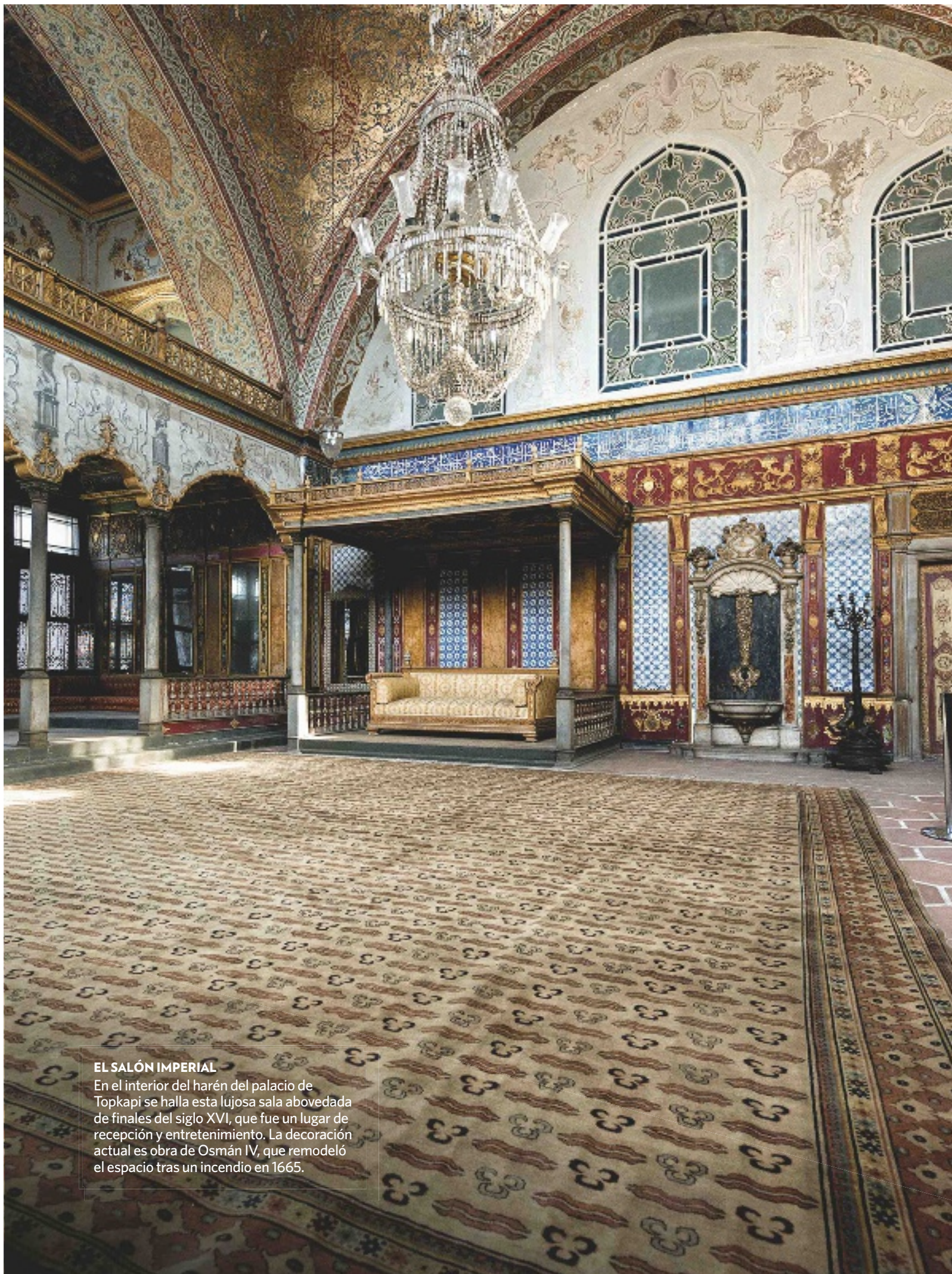
John Freely. Paidós Ibérica, Barcelona, 2000.

TEXTOS

Cartas desde Estambul

Mary W. Montagu. Línea del Horizonte, 2017.

CLEARVIEW / AGE FOTOSTOCK



EL SALÓN IMPERIAL

En el interior del harén del palacio de Topkapı se halla esta lujosa sala abovedada de finales del siglo XVI, que fue un lugar de recepción y entretenimiento. La decoración actual es obra de Osmán IV, que remodeló el espacio tras un incendio en 1665.